



DON BOSCO Y LAS MISIONES

PRIMER ENVÍO MISIONERO (1875)

LA PRIMERA EXPEDICIÓN MISIONERA

El 11 de noviembre de 1875 por la tarde, la iglesia de María Auxiliadora de Valdocco albergó una gran celebración: el envío de los primeros diez misioneros salesianos a la Patagonia argentina. Don Bosco vio cómo se hacía realidad de esta manera el sueño que tuvo a los nueve años, y que se repetirá en 1844 con la famosa frase que estaba en la cúpula de María Auxiliadora ya en aquel momento, y que había escuchado en esa repetición del sueño: "Esta es mi casa, de aquí saldrá mi gloria".

Y así ocurrió el 14 de noviembre de 1875, tres días después, cuando los 10 misioneros salesianos iniciaron su viaje desde el puerto de Génova en la primera expedición de la congregación. Entre ellos viajaban 6 sacerdotes y 4 hermanos coadjutores, bajo la dirección del Padre Juan Cagliero, quien en ese entonces tenía 37 años de edad. Acompañándolo estaban el Padre José Fagano, de 31 años, y el Padre Domingo Tomatis, de 26.

A bordo del barco 'Savoie', los misioneros llevaban consigo un mensaje final de Don Bosco: "Hagan todo lo que esté a su alcance. Dios se encargará del resto. Confíen plenamente en Jesús Sacramentado y en María Auxiliadora, y presenciarán los milagros".



LA AUDIENCIA CON EL PAPA PÍO IX



Fueron a Roma el 29 de octubre, acompañados también por el comendador Gazzolo. El 31 fueron recibidos por el cardenal Antonelli, que les demostró una bondad exquisita y les dirigió palabras de suma benevolencia. El día de la fiesta de Todos los Santos, tuvieron el honor de ser recibidos por el Padre Santo en audiencia especial.

Su Santidad tuvo la deferencia de recibir antes al comendador Gazzolo y a don Juan Cagliero, el cual manifestó el vivo agradecimiento de los Salesianos por los muchos beneficios concedidos por el Papa a la naciente Congregación y le aseguró que todos los hijos de don Bosco nutrían una gran veneración y afecto a su augusta persona. El Papa le escuchó muy complacido y, después de concederle los favores y gracias que había pedido, apresuró el paso hacia la sala, donde le esperaba el grupo de salesianos, mostrando cierta impaciencia por verlos.

Apenas entró les dijo con inefable amabilidad:

- Aquí tenéis a este pobre viejo, ¿dónde están mis pequeños misioneros?... Vosotros sois los hijos de don Bosco que vais a predicar el evangelio a tierras lejanas, muy bien. ¿Y a dónde vais?
- A la República Argentina.
- Allí tendréis vasto campo para hacer mucho bien. Abrigo la confianza de que seréis muy bien recibidos porque las Autoridades son buenas. Vosotros seréis la buena simiente, o mejor, ya lo sois, pues os han elegido los superiores para esta misión. Esparciréis, pues, en medio de aquellos pueblos vuestras virtudes y haréis mucho bien. Deseo que os multipliquéis, porque es mucha la necesidad y es abundantísima la mies en medio de las tribus salvajes.

DISCURSO DE DESPEDIDA

Terminadas las Vísperas, subió al púlpito nuestro Beato Padre. Al aparecer en él se hizo el más profundo silencio en aquel mar de gente; la emoción se adueñó del auditorio, que escuchaba embelesado sus palabras. Cada vez que se dirigía directamente a los Misioneros, parecía que su voz se velaba y se negaba a salir de sus labios. Frenaba él, con esfuerzo viril, las lágrimas; pero el auditorio lloraba. Un joven muy inteligente tomó nota de las líneas esenciales del sermón, cuyos conceptos aquí condensados, desarrolló el orador:

Cuando estaba nuestro Divino Salvador en esta tierra, reunió a sus apóstoles antes de irse al Padre celestial y les dijo: Id por todo el mundo... enseñad a todos... predicad el Evangelio a todas las criaturas.

Con estas palabras daba el Salvador a sus apóstoles no solamente un consejo, sino un mandato, para que fueran a llevar la luz del Evangelio por todas las partes de la tierra. Este mandato o misión dio el nombre de misioneros a los que van a promulgar o predicar las verdades de la fe por nuestras tierras o en el extranjero. Ite, id.

Y, cuando nuestro Salvador se fue al Cielo, los Apóstoles cumplieron fielmente el precepto del Maestro. San Pedro y san Pablo se trasladaron a muchos países, ciudades y reinos del mundo. San Andrés se dirigió a Persia, san Bartolomé a la India, Santiago a España y todos, unos por acá y otros por allá, predicaron el Evangelio de Jesucristo, de manera que ya san Pablo pudo escribir a los Romanos: vuestra fe se anuncia por todo el mundo.

¿Pero no hubiera sido mejor que los apóstoles se hubieran quedado primero en Jerusalén para evangelizar a sus habitantes y a los de toda Palestina, especialmente con la comodidad que allí habían tenido para reunirse y discutir los puntos fundamentales de la Religión Católica y el modo de propagarla hasta que no quedara ninguno en aquellas regiones sin creer en Jesucristo? No, no hicieron así. El divino Salvador les había dicho: Ite in mundum universum, id por todo el mundo. Por esto, no pudiendo los apóstoles correr por sí mismos todas las regiones del globo, asociaron a otros, y más tarde a otros operarios evangélicos, y los mandaron acá y allá a propagar la palabra de Dios. San Pedro envió a san Apolinario a Rávena, a san Bernabé a Milán, a san Lino y a otros a Francia, y lo mismo hicieron los demás apóstoles en el gobierno de la Iglesia.



El púlpito que encontramos en la actual Basílica de María Auxiliadora de Turín es una de las pocas reliquias que aún conserva el templo después de largas etapas de reestructuración y ampliación. Desde allí Don Bosco pronunció este bello discurso a los primeros misioneros.



Accede a todo el
discurso de San Bosco

20 RECUERDOS A LOS MISIONEROS

- 1 Buscad almas, pero no dinero ni honores ni dignidad.
- 2 Usad la caridad y la máxima cortesía con todos, pero evitad la conversación y la familiaridad con personas del sexo opuesto o de conducta sospechosa.
- 3 No hagáis visitas si no es por motivos de caridad o de necesidad.
- 4 Nunca aceptéis invitaciones para almorzar si no por motivos de gravísimas razones. En estos casos procurad ser dos.
- 5 Cuidad especialmente a los enfermos, a los niños, a los ancianos y a los pobres, y ganaréis la bendición de Dios y la benevolencia de los hombres.
- 6 Respetad a todas las autoridades civiles, religiosas, municipales y gubernamentales.
- 7 Cuando os encontreis con una persona autorizada en la calle, asegúrate de saludarla con respeto.
- 8 Haced lo mismo con las personas eclesiásticas o asociadas a institutos religiosos.
- 9 Huid de la ociosidad y de las preguntas. Gran sobriedad en comidas, bebidas y descanso.
- 10 Amad, temed, respetad a las demás órdenes religiosas y hablad siempre bien de ellas. Este es el medio para haceros estimados por todos y promover el bien de la congregación.
- 11 Cuidad vuestra salud. Trabajad, pero sólo tanto como te lo permitan vuestras fuerzas.
- 12 Haced saber al mundo que sois pobres en los hábitos, en comida, en vivienda, y seréis ricos ante Dios y llegaréis a ser dueños del corazón de los demás hombres.
- 13 Amaos unos a otros, aconsejaos unos a otros, corregíos unos a otros, pero nunca tengáis envidia unos de otros, que ningún rencor, sino el bien de uno, sea el bien de todos; el dolor y el sufrimiento de uno son considerados dolores y sufrimientos para todos, y todos intentan eliminarlos o al menos mitigarlos.
- 14 Observad las Reglas y nunca olvidéis el ejercicio mensual de la buena muerte.
- 15 Cada mañana recomendad a Dios las ocupaciones del día por su nombre, las confesiones, las escuelas, los catecismos y sermones.
- 16 Recomendad constantemente la devoción a María Auxiliadora y a Jesús Sacramentado.
- 17 A los jóvenes, recomendad la frecuente comunión y confesión.
- 18 Para cultivar la vocación eclesiástica, insinuad 1º el amor a la castidad, 2º horror al vicio opuesto, 3º separación de los díscolos, 4º comunión frecuente, 5º caridad con signos de amabilidad y benevolencia especial.
- 19 En asuntos polémicos, escuchad a ambas partes antes de juzgar.
- 20 En las dificultades y sufrimientos, no se olvide que tenemos un gran premio preparado en el cielo. Amén